Octavio Paz: perspectiva de nuestro tiempo *

Con el título *Tiempo Nublado,* Octavio Paz nos ofrece dos partes distintas de un mismo contexto indagatorio y prospectivo sobre la realidad de nuestro tiempo y la variedad de sus problemas. Se trata de colaboraciones que Paz publicó en diarios de España, Brasil e Hispanoamérica durante los primeros meses de 1980. Es, por tanto, un repertorio de interpretaciones e hipótesis que expresan en conjunto —como dice el propio autor—: «Las reacciones y los sentimientos de un escritor independiente de América Latina ante el mundo moderno», y este conjunto, escribe Paz, «si no es una teoría es un testimonio».

La obra parte de la distinción entre acontecimienos de duración corta y de duración larga y de la idea de que los ritmos históricos iniciados desde hace dos siglos se han hecho al fin visibles: entre ellos, Octavio Paz enumera el crecimiento de la población en los países subdesarrollados, la disminución de las fuentes de energía, las enfermedades crónicas de la economía mundial, la multiplicación de las ortodoxias ideológicas, cada una con pretensiones de universalidad, el terror del Estado y el terrorismo de las bandas de fanáticos.

Para llevar a cabo este trabajo, Paz divide su ensayo en dos partes: la primera bajo el título *Tiempo Nublado* se articula en cinco capítulos: el primero sobre los cambios de opinión y de ánimo de las naciones del Viejo Mundo; el segundo sobre las crisis de la democracia imperial de los Estados Unidos, el tercero sobre la crisis del imperio totalitario soviético; el cuarto, titulado «Revuelta y Resurrección», se refiere a la sublevación de los particularismos en los países de la periferia europea y el último sobre la modernización, sus peligros y sus dificultades.

El Viejo Mundo: Crítica, Terrorismo, Jacobinismo y Democracia

El análisis que el autor realiza de la actualidad en la Vieja Europa toma como punto de partida la rebelión juvenil que en los Estados Unidos contribuyó decisivamente a la crítica y el descrédito de la política norteamericana en el sudeste asiático y que a juicio de Paz no fue ni una revolución ni una revuelta sino la rebelión de un segmento de la clase media que produjo dos tipos de consecuencias: la libertad de costumbres y el progresivo desgaste de la noción de autoridad. Señala como dato importante de estos fenómenos el hecho de que ni los partidos comunistas ni la Unión Soviética los utilizaron, sino, por el contrario, los denunciaron como movimientos pequeño-burgueses, anárquicos, decadentes y derechistas.

---

* OCTAVIO PAZ: *Tiempo nublado.* Seix Barral, Barcelona 1983.

A continuación, apunta que en la década de los setenta se inició la aparición y el reconocimiento en Occidente de los disidentes rusos y de los otros países socialistas que describían el socialismo burocrático como un nuevo más total y despiadado sistema de explotación y represión.

Más adelante destaca el fenómeno de las bandas terroristas como inversión del bolchevismo, ya que son incapaces de apoderarse del Estado y establecer el terror ideológico se han instalado en la ideología del terror. «A la actividad sonámbula de la sociedad —escribe Paz— girando maquinalmente en torno a la producción incesante de objetos y cosas, el terrorismo opone un frenesí no menos sonámbulo, aunque más destructivo». Señala a continuación que no es casual el hecho de que el terrorismo haya prosperado en tres países en los que el proceso histórico de la sociedad moderna, o sea, el tránsito del Estado absolutista al democrático ha sido interrumpido más de una vez por regímenes despóticos. Por último, analiza el terrorismo de Irlanda del Norte como fenómeno nacido de la unión de dos elementos: «Un nacionalismo impregnado de religiosidad y la injusta situación de inferioridad a que ha sido sometida la minoría católica».

En la segunda parte de este primer capítulo, Paz describe la evolución de los grandes partidos comunistas europeos, puntualizando duramente temas como el de la fe inconmovible hacia el comunismo de los intelectuales progresistas cuya única profesión de fe debería haber sido la crítica, el examen y la duda. Actitud que cambió después del informe de Kruschef, momento en que los intelectuales de izquierdas europeos iniciaron una crítica que se volvió eficaz al coexistir con el descubrimiento interior de la disidencia en Rusia.

Tratando de la estrategia de adecuación de la ideología y de la táctica, Paz se interroga acerca de si se trata de un jacobinismo o de un maquiavelismo y advierte como reforma más espectacular la renuncia al dogma de la dictadura del proletariado. «La renuncia a la noción de dictadura del proletariado —escribe Paz— ha sido un signo, otro más, de que al fin la izquierda europea, sin excluir a los comunistas, comienza a recuperar su otra tradición. No la que viene de la "voluntad general" de Rousseau, máscara de la tiranía y origen intelectual del jacobinismo y el marxismo-leninismo, sino la libertaria, pluralista y democrática, fundada en el respeto a las minorías».

Las puntualizaciones en torno al estado actual de los partidos comunistas y sus más o menos vislumbrados proyectos llevan a Paz a señalar que si éstos quieren dejar de ser órdenes religiosas y militares para convertirse en auténticos partidos deben comenzar por practicar la democracia en su propia casa y denunciar a los tiranos allí donde se encuentren, ya sea en Chile, en Vietnam, en Cuba o en Irán.

A renglón seguido, realiza un análisis de la política de Occidente, en la que subraya el hecho de que contrasta la magnitud de los problemas a los que nos enfrentamos los hombres del siglo XX con la modestia de los programas y soluciones que nos proponen los gobiernos y los partidos de Europa Occidental.

Norteamérica: Decadencia, crisis de la civilización mundial y política exterior preocupada por el interior

El análisis de la «democracia imperial» de los Estados Unidos comienza puntualizando el tema de la decadencia norteamericana que tiene, según Paz, la virtud de colocar dentro de la historia a un pueblo que se encontraba fuera del presente histórico.

Uno de los temas que en este fragmento aborda Paz es la tensión que marca un auténtico apocalipsis secularizado en virtud del cual los Estados Unidos comparten con los rusos la responsabilidad atroz de acabar con la espcie humana y quizá con la vida del planeta.

La contradicción de la sociedad norteamericana, fundada por un acto de «abolición del pasado», consiste en ser un imperio y ser, al tiempo, una democracia y es el resultado de otra paradoja aún de mayor calibre, la de haber sido fundada contra la historia y ser ella misma historia.

El actual estado de espíritu del pueblo norteamericano surge de dos sentimientos, el de culpabilidad que desencadenó la guerra del Vietnam y el desgaste de la ética puritana que se corresponde con el auge del hedonismo, de la abundancia.

La utopía norteamericana en la que abundan, como en todas, muchos rasgos monstruosos, es el resultado de la integración de tres sueños, el del asceta, el del mercader y el del explorador. Del contraste de esta actitud con la soviética, Paz extrae el siguiente diagnóstico: «Los norteamericanos han querido y quieren construir un mundo propio, el suyo; los rusos, han querido y quieren dominar el mundo para convertirlo».

Tras analizar la contradicción entre imperio y democracia acerca de la cual, Paz se pregunta si podrán resolverla los norteamericanos destaca el principal inconveniente de la política exterior de los Estados Unidos, que es el de estar esencialmente preocupada por el interior y sus problemas. De donde quizá surgen otras contradicciones, por un lado la falla de la visión histórica que hace que el país mejor informado del mundo no sepa utilizar esta información y padezca una total dificulad para entender el mundo exterior y orientarse en sus laberintos.

Una gran parte de este capítulo está destinada a analizar la posición de los intelectuales marginados y sin influencia comparable a la que detectan en Europa o en América Latina.

Indagando en el proceso por el cual los norteamericanos han sustituido la visión histórica por el juicio moral, Paz señala como gran novedad histórica la secularización y la generalización de la relación del cristiano con Dios y con su conciencia, invirtiendo la relación: supeditando lo público a lo privado, perspectiva desde la cual es más fácil comprender la tendencia de los intelectuales norteamericanos a sustituir la visión histórica por consideraciones pragmáticas y circunstanciales.

La imagen de los Estados Unidos, según concluye Paz, es crítica, nada tranquilizadora: «El país está desunido, desgarrado por polémicas sin grandeza, corroído por la duda, minado por un hedonismo suicida y aturdido por la gritería de los demagogos. Sociedad dividida, no tanto vertical como horizontalmente, por el choque de enormes y egoístas intereses: las grandes compañías, los sindicatos, los «farmers»,

los banqueros, los grupos étnicos, la poderosa industria de la información. La imagen de Hobbes se vuelve palpable: todos contra todos». La época es atroz y las democracias occidentales se niegan a comprenderlo.

El Imperio totalitario soviético

El punto de partida que instrumenta Paz para establecer su diagnóstico sobre la Rusia soviética y, en general, sobre el mundo comunista de nuestro tiempo es el testimonio de Trotsky que en 1936 veía al Estado soviético como una sociedad intermedia entre el capitalismo y el socialismo, en la que la burocracia se había convertido en una casta incontrolada, ajena al socialismo, temática sobre la que inciden los juicios de Bruno Rizzi y Milovan Djilas. Este régimen burocrático no es transitorio, ya que según demuestra el libro: «La burocracia celeste», de Etienne Balazs, puede durar no decenios sino siglos y milenios. Siguiendo a Castoriadis, Paz propone la utilización del término «estratocracia» para definir el conjunto que constituye la Rusia soviética como integración de un despotismo totalitario, un monopolio estatal y una sociedad jerárquica.

Para Octavio Paz uno de los problemas cruciales de la Rusia soviética es su posibilidad de respuesta a una doble exigencia, la de los intelectuales que piden más libertad y la del pueblo que reclama más y mejores medios de consumo.

A continuación, el libro nos proporciona un análisis de las relaciones entre Rusia y sus satélites, y entre la URSS y China, destacando que el sistema ruso no es fluido sino fijo, aun cuando respecto de los distintos países se dan diferentes relaciones de libertad.

En síntesis y recogiendo ideas de Castoriadis, Paz señala que los rusos no quieren la guerra, pero tampoco quieren la paz, quieren la victoria a través de una política congruente, perseverante, dúctil e inflexible que combina dos elementos, una voluntad nacional y una idea universal. La naturaleza de sus instituciones no se ha hecho para prever los cambios sino para impedirlos. El verdadero nombre de la solidez soviética es la inmovilidad.

El Tercer Mundo: Su función crítica y moral

El análisis del Tercer Mundo que Paz lleva a cabo en esta obra demuestra no sólo la amplitud de sus conocimientos sobre algunos países como la India, Irán e Irak, sino también la claridad de su pensamiento y el carácter ponderadísimo de sus criterios, del que puede servir de muestra esta afirmación: «Durante la segunda guerra mundial André Breton escribió: "el mundo le debe una reparación al pueblo judío". Desde que las leí hice mías estas palabras. Cuarenta años después digo: Israel debe una reparación a los palestinos».

Más adelante indagando en los términos de revolución y revuelta, Paz escribe: «Si una palabra define a estos años, esa palabra no es Revolución sino Revuelta. Pero Revuelta no sólo en el sentido de disturbio o mudanza violenta de un estado a otro sino también en el de un cambio que es regreso a los orígenes. Revuelta como

Resurrección. Casi todas las grandes conmociones sociales de los últimos años han sido resurrecciones. Entre ellas, la más notable ha sido la del sentimiento religioso, generalmente asociado a movimientos nacionalistas: el despertar del Islam, del fervor religioso en Rusia después de más de medio siglo de propagada antirreligiosa y la vuelta, entre las élites intelectuales de ese país, a modos de pensar y a filosofías que se creía desaparecidos con el zarismo; la vivificación del catolicismo tradicional frente y contra la conversión de parte del clero a un mesianismo revolucionrio secular (México, Polonia, Irlanda); el oleaje de regreso al cristianismo entre la juventud norteamericana; la boga de los cultos orientales, etc. Ambiguo portento, pues las religiones son lo que las lenguas eran para Esopo: lo mejor y lo peor que han inventado los hombres. Nos han dado al Buda y a San Francisco de Asís; también a Torquemada y a los sacerdotes de Huitzilopochtli».

La venganza histórica de los particularismos

El quinto capítulo de la obra comienza planteando el que será el tema de estos años y probablemente de los venideros, la venganza histórica de los particularismos con la resurrección de las tradiciones nacionales y religiosas definidas por sus datos étnicos, culturales, sexuales y religiosos. En esta serie de tomas de posición, Paz ve el fin del universalismo de los sistemas elaborados por Occidente y el amanecer de otro universalismo distinto y plural. Los viejos pueblos han dejado se ser objetos y se han convertido en sujetos de la historia. El Japón, la India, China, con su experiencia de las cuatro modernizaciones, la de la agricultura, la industria, la defensa y la ciencia y tecnología a las que Paz ve como imprescindible el añadido de una quinta modernización: la democrática, pues la democracia «no es el camino sino el resultado de la modernidad».

El análisis de estas mutaciones y particularismos termina con una perspectiva latinoamericana que es, en cierto modo, la adecuación a nuestros países: «pueblos de ensimismados como los mejicanos o ávidos de novedades de fuera, como los argentinos», de todo cuanto se ha dicho, un sutil análisis de estos países, del fenómeno del castrismo, en el que se denuncia con mención especial a México de un mal de carácter mucho más generalizado de lo que parece: «La incomunicación entre el país real y sus clases dirigentes lleva a concluir en una afirmación que Paz expresa en los siguientes términos: "pienso en dos contribuciones esenciales: la primera sería ayudar a la verdadera modernización de nuestros pueblos, es decir, a la instauración de auténticas democracias; la segunda consistiría en fundar de nuevo y sobre bases más sólidas la independencia latinoamericana". En el mundo moderno democracia e independencia son términos afines: una democracia que no es independiente no es verdadera democracia. Pero no tenemos mucho tiempo: ya comienza a ser tarde y el cielo sigue nublado».

Vecindad y enemistad

Bajo el título «Los días que corren», la segunda parte del libro se centra en una

pluralidad de temas agrupados bajo tres denominaciones comunes: el primero las relaciones entre México y Estados Unidos, sus posiciones y contraposiciones; el segundo, *América Latina y la democracia,* establece una serie de puntualizaciones críticas del mayor interés, y el tercero, titulado *Crónica de la Libertad,* toma como punto de partida la situación polaca para analizar el contexto de los estallidos populares que conmueven el régimen de dominación burocrática.

El primer tema, México y Estados Unidos, analiza las diferencias cada vez más netas y acusadas entre ambos países, sobre los que Paz señala que son «dos versiones distintas de la civilización de Occidente». Igualmente, Paz señala que los norteamericanos nunca han buscado a México sino que, por el contrario, han buscado sus obsesiones, sus entusiasmos, sus fobias, sus esperanzas y sus intereses y esto es lo que han encontrado. Para el escritor, la historia de las relaciones entre los dos países es la de un mutuo y pertinaz engaño, generalmente, aunque no siempre involuntario.

En el mismo sentido, el libro nos da un excelente análisis de las diferencias entre el norte y el sur, apuntando como datos indicativos el hecho de que la diferencia entre los españoles e ingleses que fundaron Nueva España y Nueva Inglaterra eran tan decisivas como las existentes entre los indios nómadas y los sedentarios que habitaban ambos países. Destaca igualmente que en Inglaterra triunfó la Reforma, mientras que España fue la campeona de la Contrarreforma y, por último, apunta que México es el país más español de América Latina, y, al mismo tiempo, el más indio y que los mexicanos tuvieron un Estado y una Iglesia antes de ser una nación, destacando también la contradicción que significa que el Estado mexicano ha sido el agente de la modernización, pero no ha sido capaz de modernizarse a sí mismo enteramente.

El tamaño del tiempo

Los dos últimos capítulos del libro, aparentemente disociados, están también como toda la obra sometidos a la configuración de un mismo discurso. Para estudiar las relaciones de América Latina con la democracia puntualiza sobre el valor de las creaciones americanas de España y Portugal, diciendo de ellas que «fueron admirables. Fundaron sociedades complejas, ricas y originales, hechas a la imagen de las ciudades que construyeron, a un tiempo sólidas y fastuosas. Un doble eje regía a aquellos virreinatos y capitanías generales, uno vertical y otro horizontal. El primero era jerárquico y ordenaba a la sociedad conforme al orden descendente de las clases y grupos sociales: señores, gente del común, indios, esclavos. El segundo, el eje horizontal, a través de la pluralidad de jurisdicciones y estatutos, unía en una intrincada red de obligaciones y derechos a los distintos grupos sociales y étnicos, con sus particularismos. Desigualdad y convivencia: principios opuestos y complementarios. Si aquellas sociedades no eran justas tampoco eran bárbaras».

Igualmente, destaca las características que dieron lugar al nacimiento de los países iberoamericanos: «Los caudillos inventaron países que no eran viables ni en lo político ni en lo económico y que, además, carecían de verdadera fisonomía nacional. Contra las previsiones del sentido común, han subsistido gracias al azar histórico y a la complicidad entre las oligarquías locales, las dictaduras y el imperialismo». Y dedica

estos párrafos al proceso histórico de la democracia iberoamericana: «La historia de la democracia latinoamericana no ha sido únicamente la historia de un fracaso. Durante un largo período fueron ejemplares las democracias de Uruguay, Chile y Argentina. Las tres, una tras otra, han caído, reemplazadas por gobiernos militares. La democracia colombiana, incapaz de resolver los problemas sociales, se ha inmovilizado en un formalismo; en cambio, después del régimen militar, la peruana se ha renovado y fortalecido. Pero los ejemplos más alentadores son los de Venezuela y Costa Rica: dos auténticas democracias. El caso de la pequeña Costa Rica, en el corazón de la revoltosa y autoritaria América Central, ha sido y es admirable. Para terminar con este rápido resumen: es significativo que la frecuencia de los golpes de estado militares no hayan empañado nunca la legitimidad democrática en la conciencia de nuestros pueblos. Su autoridad moral ha sido indiscutible. De ahí que todos los dictadores, invariablemente, al tomar el poder, declaren solamente que su gobierno es interino y que están dispuestos a restaurar las instituciones democráticas apenas lo permitan las circunstancias. Pocas veces cumplen su promesa, es cierto; no importa: lo que me parece revelador y digno de subrayarse es que se sientan obligados a hacerla».

En su análisis sobre Fidel Castro del que dice «es un típico caudillo latinoamericano en la tradición hispano-árabe», la estructura totalitaria del partido comunista cubano, que fue el instrumento político para la imposición forzada del modelo soviético de dominación burocrática; la insensibilidad y la torpe arrogancia de Washington, especialmente durante la primera fase de la revolución cubana, antes de que fuese confiscada por la burocracia comunista; y en fin, como en los otros países de América Latina, la debilidad de nuestras tradiciones democráticas. Esto último explica que el régimen, a pesar de que cada día es más palpable su naturaleza despótica y más conocidos los fracasos de su política económica y social, aún conserve parte de su inicial ascendencia entre los jóvenes universitarios y algunos intelectuales. Otros se aferran a estas ilusiones por desesperación. No es racional, pero es explicable: la palabra «desdicha», en el sentido moral de infortunio y también en el material de suma pobreza, parece que fue inventada para describir la situación de la mayoría de nuestros países. Además, entre los adversarios de Castro se encuentran muchos empeñados en perpetuar esta situación terrible. Enemistades simétricas.

En la misma línea, el estudio que Octavio Paz realiza de la situación nicaragüense está llevado a cabo con contundente claridad que puede reflejarse en este párrafo: «En el curso de estos años la regimentación de la sociedad, los ataques al único periódico libre, el control cada vez más estricto de la opinión pública, la militarización, el espionaje generalizado con el pretexto de medidas de seguridad, el lenguaje y los actos cada vez más autoritarios de los jefes han sido signos que recuerdan el proceso seguido por otras revoluciones que han terminado en la petrificación totalitaria».

Para concluir su descripción, que es en muchas partes una gran síntesis de diversos elementos en la que se advierte una peculiar valentía, un específico ejercicio de lucidez, un intento de fijación de los vocabularios políticos y un apasionante ejercicio de enumerar y valorar las contradicciones iberoamericanas, Paz concluye su estudio con este aleccionador texto: «La democracia latinoamericana llegó tarde y ha sido desfigurada y traicionada una y otra vez. Ha sido débil, indecisa, revoltosa, enemiga

de sí misma, fácil a la adulación del demagogo, corrompida por el dinero, roída por el favoritismo y el nepotismo. Sin embargo, casi todo lo bueno que se ha hecho en América Latina, desde hace un siglo y medio, se ha hecho bajo el régimen de la democracia o, como en México, hacia la democracia. Falta mucho por hacer. Nuestros países necesitan cambios y reformas, a un tiempo radicales y acordes con la tradición y el genio de cada pueblo. Allí donde se han intentado cambiar las estructuras económicas y sociales desmantelando al mismo tiempo las instituciones democráticas, se ha fortificado a la injusticia, a la opresión y a la desigualdad. La causa de los obreros requiere, ante todo, libertad de asociación y derecho de huelga: esto es lo primero que le arrebatan sus liberadores. Sin democracia los cambios son contraproducentes; mejor dicho: no son cambios. En esto la intransigencia es de rigor y hay que repetirlo: los cambios son inseparables de la democracia. Defenderla es defender la posibilidad del cambio; a su vez, sólo los cambios podrán fortalecer a la democracia y lograr que al fin encarne en la vida social. Es una tarea doble e inmensa. No solamente de los latinoamericanos: es un quehacer de todos. La pelea es mundial. Además, es incierta, dudosa. No importa: hay que pelearla».

Tras de describir el proceso polaco y en función de él, las distintas singladuras revolucionarias a las que él llama «Revueltas contra un sistema que ha usurpado el nombre de socialismo», el autor concluye este libro denso, valeroso y expresivo, síntesis de una multitud de diagnósticos, en el siguiente párrafo: «El ciclo de las revueltas en el imperio ruso no se ha cerrado. El movimiento de los obreros aplastado en 1981 ha sido un capítulo —aunque central— en la historia de los combates de los pueblos contra la dominación burocrática. Polacos, checos, húngaros, rumanos, búlgaros, cubanos, vietnamitas, camboyanos, afganos, y las distintas naciones dentro del imperio: ucranianos, lituanos, tártaros y tantos otros, sin olvidar a los rusos mismos... La lista es larga. También lo es la historia: tiene el tamaño del tiempo».—RAÚL CHAVARRI *(Alcántara, 6. MADRID-6)*.

Wagner y Nietzsche *

La relación entre Richard Wagner y Friedrich Nietzsche, su profunda amistad y mutua admiración, así como la tardía pero radical ruptura entre ambos, objeto de estudio por parte de uno de los más grandes músicos del siglo XX, el barítono Dietrich Fischer-Dieskau, en su libro *Wagner y Nietzsche. El mistagogo y el apóstata*

* DIETRICH FISCHER-DIESKAU: *Wagner y Nietzsche*. Ed. Altalena, Madrid 1982.